

Chispa,
mi amiga nube

grumetes

Carles Sala i Vila

Chispa,
mi amiga nube

Ilustraciones

Màriam Ben-Arab



laGalera

Primera edición: junio de 2011

Diseño de la colección: Mariano Rolando

Maquetación: Marquès, SL

Título original catalán: *Xiroi, el meu amic núvol*

Edición: David Monserrat

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2011 Carles Sala i Vila, del texto

© 2011 Màriam Ben-Arab, de las ilustraciones

© 2011 Paulino Rodríguez, de la traducción

© 2011 La Galera, SAU Editorial, de la edición en
lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95. 08019 - Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Índice

Fluvià, 81 – 08019, Barcelona

Depósito Legal: B-5.165-2011

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3591-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*A las nubes, sobre todo a
las que saben llover.*

*Y para Gemma, Ester,
Maria Consol y Àngel.*

¿Os han dicho alguna vez que nunca debéis haceros amigos de las nubes? A mí sí, unas cuantas. Pero aún así nada impidió que la primavera pasada me hiciera amiga de Chispa, una nubecita pequeña y blanca a la que conocí un viernes por la tarde.

Os contaré cómo sucedió todo.

Justo delante de mi casa está el único parque del barrio. Es un lugar muy bonito. Lo primero que encuentras cuando entras en él es un paseo con tilos enormes, uno al lado de otro y con las ramas entrelazadas, como si quisieran cogerse de las manos. En cuanto te adentras un poco en el parque, las plantas se van haciendo cada vez más bajas, y empiezas a encontrar mimosas, ciruelos de hoja roja, setos de boj, matas de romero, de espliego, de tomillo... Hasta que, justo en el centro, aparece una gran explanada y un estanque con nenúfares y juncos.

Durante los meses de invierno, cuando oscurece enseguida, sólo voy los días de fiesta, si hace un día soleado y

mi madre o Nieves —mi hermana— me quieren acompañar. Pero cuando llega la primavera es como si el olor de los tilos tirase de mí, y casi todos los días paso un rato en el parque al salir de la escuela. Normalmente, allí me junto con otros compañeros de clase o conocidos del barrio, y nos lo pasamos pipa jugando a la pelota, al escondite o a otros juegos que nos inventamos.

Sin embargo, aquel día de mayo no encontré a ninguno de mis amigos en el parque, y me tumbé sobre el césped de la explanada para mirar el cielo.

El sol calentaba con fuerza, incluso demasiado, y deslumbraba tanto que tenía que hacerme sombra con las manos para poder mantener los ojos abiertos. Y, mira por dónde, entonces ocurrió una cosa muy curiosa: justo cuando estaba a punto de levantarme para buscar un lugar a la sombra, una minúscula nubecita se interpuso entre el sol y yo.

—Estás mejor así, ¿verdad? —oí.

